

LA UNIVERSIDAD: EL COMBATE POR SU EXISTENCIA

Por Eugenia Meyer

El año de 1968 marcó un punto y aparte en el oficio y la práctica de las ciencias sociales. Más específicamente, podríamos afirmar que tanto el discurso intelectual como el territorio del historiador sufrieron transformaciones profundas.

Emerge de la tarea histórica una preocupación por interrelacionar el quehacer de la investigación y su análisis, con la realidad social presente. No es que en otras épocas no hubiese un compromiso implícito, sino que en la década de los sesenta toma mayor fuerza el dilema de actuar en favor del orden establecido o en contra de él.

De repente, la dualidad historiador-individuo sufre una sacudida. Ya no se admite la imagen de un ser objetivo, neutral y científico, enajenado de la realidad presente porque el historiador, como sujeto de la historia, es también posiblemente un militante con opciones políticas y sociales; su ideología, imbricada en su trabajo científico, contamina o complica el quehacer analítico y de interpretación.

Admitiendo que el saber histórico es recreación continua, comprometida, se reconoce por igual que la historia, siempre dinámica, siempre en construcción, es el combate cotidiano.

Así, el historiador abandona la asepsia inherente al uniforme y los instrumentos de un trabajo supuestamente imparcial, para asumir su participación activa en el presente. El historiador dejando atrás el elitismo científico, el academicismo distante, sale a la calle, donde reconoce las luchas políticas y sociales a la vez que se convierte en un elemento constitutivo de la relación de fuerzas.

Se pregunta entonces qué pasado para qué futuro, sustentando el último, finalmente, en el análisis coherente y congruente del presente. Definir el pasado para explicar el presente y proyectar el futuro, son y seguirán siendo motivaciones esenciales para cumplir la tarea histórica. Desde luego se requiere decisión para revisar constantemente el conocimiento histórico con una perspectiva crítica y de reflexión activa y colectiva, perspectiva de la que nace el deseo de escudriñar en el pasado para entender y plantear las interrogantes que conduzcan al cambio.

Hace un siglo, años más, años menos, Justo Sierra se dedicó a la casi milagrosa tarea de resucitar la Universidad de México. El arduo esfuerzo y el empeño le tomarían 29 años, más años de los que nos falta a nosotros para llegar al nuevo siglo, más años de los que tenemos para planear la transfor-

mación de la realidad actual.

Cuando en 1881 Sierra empieza su proyecto, cierto era que a lo largo de toda la aventura para convertirnos en nación moderna, la gran ausente de todos los ensayos de acomodación del sistema republicano era precisamente la Universidad, aquella que Sierra insistiría en hacer nacional y eminentemente laica. La historia añeja por cierto, de la Universidad, acusa adecuaciones y adaptaciones en las discrepancias de las banderías políticas. En su origen, fue clerical y restrictiva; de lo que, como acertadamente dijera Edmundo O'Gorman, la República heredó una "universidad chocha", enjambre de colegios sin sistema integrante. Por ello su historial denota muertes y resurrecciones acordes con las variantes y los vaivenes de la vida nacional. Por ello también que los liberales, siguiendo la sabia consigna del Dr. Mora, la clausuraran por "inútil, irreformable y pernicioso". Desde 1833, la Universidad, sustituida por planteles, se identificaba como reducto de la Iglesia y del conservadurismo. Maximiliano, al fin liberal, continuó con la herejía política y la mantuvo cerrada, entendiéndola como una "palabra sin sentido".

Sin duda, la antítesis y el contrasentido saltan a la vista. Es, en el siglo XIX, conservadora, clerical; en el XX, liberal y radical, ¿qué le queda pues a la Universidad del siglo XXI? Ese es el reto que nos ha traído aquí, aceptando la convocatoria para deliberar sobre la posmodernidad.¹

Cuando la Universidad vuelve a abrir sus puertas al cumplirse los primeros diez años de nuestro siglo, Sierra reconoció que su proyecto no era popular sino gubernamental. Hoy, el proyecto para el futuro tendría por fuerza que ser popular y pragmático.

Aunque los positivistas de la época porfiriana se oponían a la reapertura de la Universidad por motivos de tradición política, irónico resulta que precisamente el proyecto de don Justo fuese el proyecto de la salvación del positivismo. Aquella consigna política que tacha a la Universidad de enemiga tradicional del progreso y de la ilustración, se convertiría en el motor de la modernidad. De una silente ausencia, asumiría un papel activo y vociferante con su nueva presencia.

Esa nueva Universidad que se inaugura casi al mismo tiempo que irrumpe la violenta gesta revolucionaria, debía ser de

¹ Texto leído en las Jornadas de Otoño, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 26 de noviembre de 1987.

acuerdo con las palabras del viejo ministro de Instrucción Pública, educadora en su sentido íntegro, con el fin de que el joven, cuando fuese hombre, estuviera preparado para lanzarse a la lucha por la existencia en un campo social superior. Así, la Universidad podría coordinar las líneas directrices del carácter nacional.

Negaba de esa manera el ministro que la Universidad sirviera de invernadero a una casta de egoístas encerrados en una torre de marfil y por contra, según confesaba a don Miguel de Unamuno en carta fechada ese año de 1910, debería ser el punto de partida para "organizar un núcleo de poder espiritual condicionado por el poder político".

De hecho, siete décadas después, la Universidad, ya autónoma y muy transformada por los tiempos y las circunstancias, no ha cambiado su esencia. Las funciones universitarias de investigación, docencia y extensión académica siguen reconociendo el íntimo e indisoluble vínculo entre poder y saber.

La Universidad se sigue significando como el órgano central de nuestra sociedad; se acepta que es transformable hasta dar respuesta a los requerimientos del mundo actual. Debemos pues tomar conciencia de que no puede ser *ni apolítica ni acrítica*, y que debe por lo tanto cimentar una congruencia entre sus funciones y su finalidad. A manera de termómetro del acontecer social, la Universidad se daría a conocer como el lente magnificador de los problemas, las crisis y las demandas de cambio.

El propio rector Carpizo habla de la "pluralidad de opiniones y libertad de crítica" en nuestra Universidad, ambas parte esencial de la vida política racional y civilizada de México.

Desde 1910, la Universidad ha pugnado y pugna por la consecución de una verdadera libertad crítica, así como la autonomía que, implícita en su proyecto original de 1881, no alcanzaría sino hasta 1929. Correspondió a Vasconcelos en 1921 dar cabida a las humanidades, a las disciplinas sociales, a la par que a las demás ciencias.

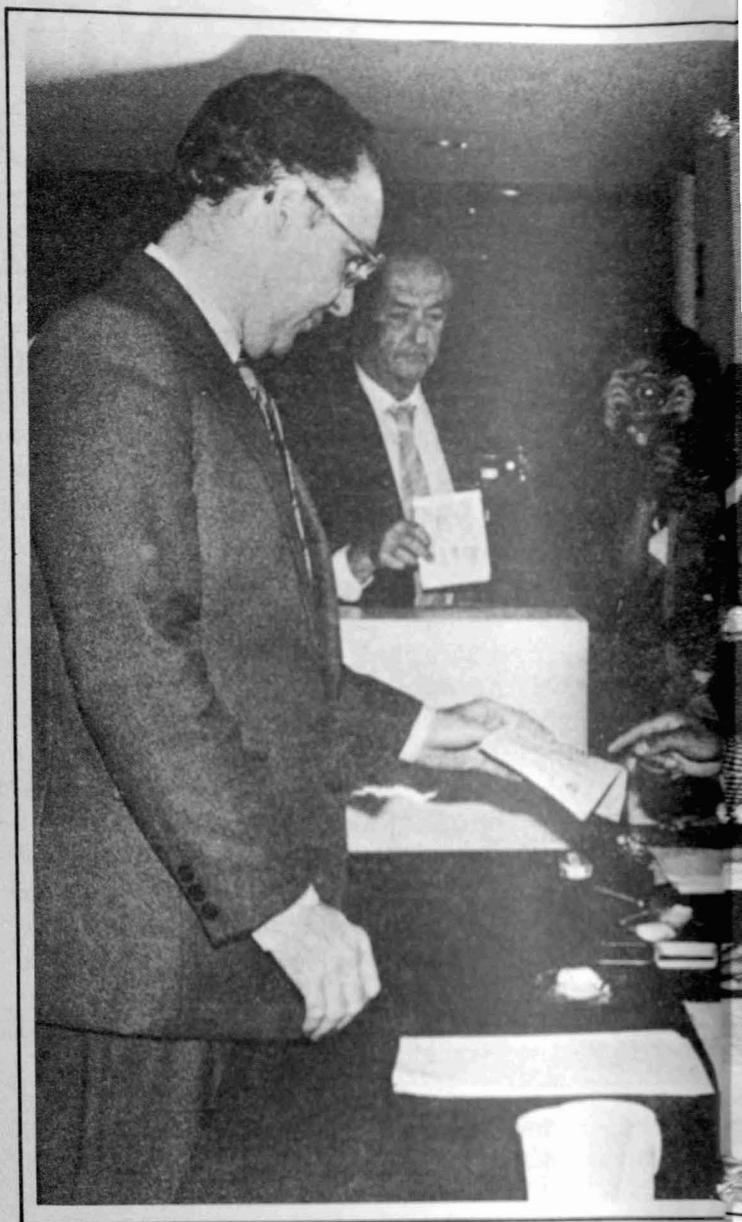
Luego de la Revolución, se vislumbra en el nuevo país empeñado en afianzarse como nación, una Universidad que es foro político y oposición a todo tipo de dictaduras. Vasconcelos haría un llamado a los estudiantes para participar activamente en la vida política y social. Más tarde, en la célebre polémica de 1933 entre Caso y Lombardo, se afinaría y definiría el propósito de la orientación ideológica de la Universidad.

Se entendía entonces, se entiende ahora, que la Universidad debe responder a las necesidades de su época.

La idea de arreglar, mejorar, superar la enseñanza prevalece. Cabe entonces la interrogante de qué universidad para qué México.

Formar, enseñar, instruir y preparar, son conceptos no reñidos con autonomía, libertad de cátedra e investigación; tampoco lo están con una universidad de masas, con una democracia y excelencia académicas, ni con las formas de gobierno universitario autónomo y planeación académica.

No cabe duda que a la Universidad convulsionada del 68 se le cuelan de una manera casi imperceptible, en medio de ese río revuelto que fue en fin de cuentas el cuestionamiento



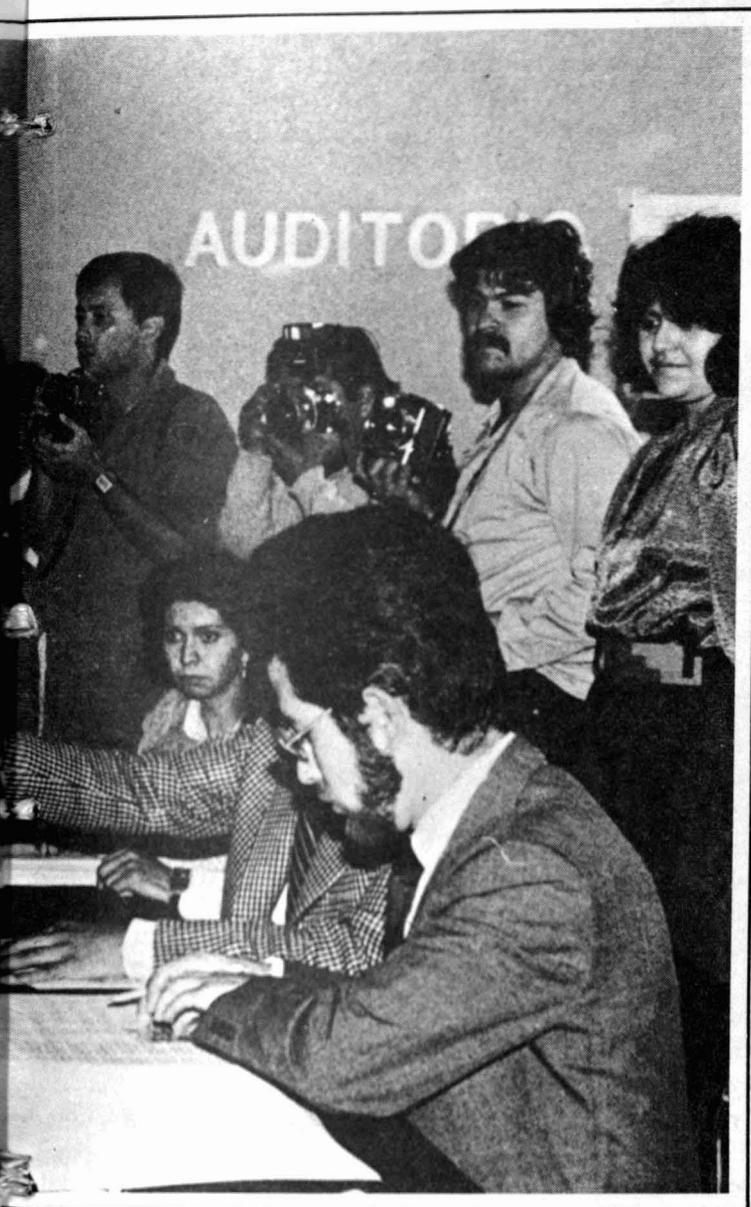
colectivo, se le cuelan decía, factores que coartan su desarrollo interno. Desde entonces, en efecto, el proyecto universitario nacional está en crisis ascendente.

Es difícil señalar tiempo, circunstancia o coyuntura en que la Universidad y los universitarios perdimos el mando, la estafeta directriz de la acción nacional.

Hay que reconocer que la Universidad ya no abastece al país de gobernantes; que los universitarios de nuestra Universidad ya no dirigen el país, ni las instituciones u organismos de trascendencia económica; peor aún, que la pertenencia a la UNAM no es garantía para obtener empleo, y, finalmente, que el mercado de trabajo prefiere a los egresados de universidades privadas y, mejor, extranjeras.

¿Qué pasa? Tres son las constantes señaladas, reiteradas y machacadas ante la realidad descrita: democratizar la Universidad, generar su independencia y cumplir el principio de justicia social.

Si por democracia nos referimos al derecho de todos a llegar a la educación superior, a la Universidad entendida como instrucción superior máxima posible, tendremos que



aceptar que la "apertura" a los aspirantes de todos los estratos sociales no debe implicar populismo, y menos caer en la absurda alternativa de universidad de masas o de élites; o de eficientismo y competencia que se contraponen al requerimiento de educar a grandes cantidades de estudiantes. Estas ideas de corte tradicional deben ser modificadas. Tendremos que volver a temas de discusión sobre tamaño, calidad y utilidad social de nuestra Universidad. Y si todos tienen derecho a la educación, igualmente a todos se debe exigir excelencia: a maestros y alumnos.

Hace unos días se advertía aquí mismo que uno de cada ocho jóvenes de 20 a 24 años recibe educación superior, pero que sólo uno de cada veinte concluye sus estudios universitarios. Queda implícito el costo real y social de este pobre resultado. A ello habría que añadir otra consideración también ya tratada, y es el hecho ademocrático de la estrechez a que se condena a los egresados: pocas oportunidades en un mercado de trabajo que podríamos definir como excluyente y discriminador.

Sin duda el proyecto universitario está en crisis; compete

a todos recuperar los espacios perdidos en el camino; la realidad presente pide una acción colectiva de reconquista, dirigida a recuperar el sitio de vanguardia que tuvo y que deberá lograr para el despegue del siglo XXI. Selección, disciplina, excelencia, parecen pautas iniciales en el quehacer común.

Ciertamente, la Universidad no está aislada del resto nacional y por eso mismo aquellas fuerzas y debilidades sobre las que tanto hemos reflexionado competen a México. Esto me lleva a la independencia real, que no puede alcanzarse en tanto no se dé una autosuficiencia, la cual a su vez lleve a la excelencia intelectual científica que permita nuestra entrada al ámbito de la competencia mundial. La autonomía, sea en las ciencias o en la tecnología, sólo podrá conseguirse enfrentándose con realismo y eficiencia a los desafíos del futuro. El vacío de valores propios y de estímulos debe transformarse en presencia y seguridad de conocimientos, en inventiva creadora.

La Universidad, ámbito de la experimentación, la Universidad, laboratorio para la acción colectiva futura. Recuperar la confianza y la credibilidad en la enseñanza y la investigación, probar su eficacia, asumir como una realidad que en los cuadros políticos y económicos que dirigen el país no están nuestros universitarios, es también una empresa de reconquista.

La autonomía tecnológica y científica es un tema que atañe a la Universidad y a la nación en su proyección hacia el futuro a partir de los requerimientos del presente. Aquí se inscriben, pues, el sentido y la razón de la Universidad que debemos diseñar para el nuevo siglo. Una universidad con autoridad moral e intelectual. Una universidad que no olvide la realidad política, económica y social del presente. Una universidad que reconozca el proceso transformador de los cambios técnico-científicos. Es decir, tomar decisiones a fondo y de fondo sobre el aparato productivo, que involucren los valores tecnológicos y culturales, con verdadera visión científica.

En estos últimos 78 años de vida, la Universidad ha crecido desmesurada, casi anárquicamente. Asimismo, se ha diversificado. Todo esto plantea un compromiso frente a la sociedad: el de mantener y generar la dinámica, la lógica y la evolución propia de cada ciencia, de cada disciplina. Porque ¿qué es la Universidad si no la comunidad superior de cultura al servicio de la sociedad? En efecto, la Universidad del mañana deberá mantener y respetar el principio de pluralidad; continuar generando la dinámica del ascenso social; coadyuvar y estimular la crítica, la vocación y la sensibilidad de quienes serán los dirigentes del proceso nacional. La Universidad deberá volver a su papel de conciencia crítica de México.

Para ello habrá que reconstruir —y el término podría parecer extremo— habrá que reconstruir la comunidad sobre nuevos cimientos de trabajo académico. Se deberán encontrar formas de eliminar el burocratismo, el desorden, el atraso, el marasmo y la apatía. Entender y capotear las modas y las corrientes, las filtraciones del clientelismo político, es una obligación. En fin, la Universidad tiene y tendrá que librar combate por su existencia. ♦